

## 1942 LA ASOCIACIÓN, LA DISOCIACIÓN

*Ya que acabo de mencionar la disociación y sus efectos negativos, permítanme que caiga en un vulgar juego de palabras y pase a referirme brevemente a la Asociación, a nuestra Asociación Psicoanalítica y a su trayectoria positiva desde el instante de su fundación hasta nuestros días.*

León Grunberg (29/6/1961)

Hay una palabra que es una historia. Se trata de la palabra *aporte* usada para designar las ocurrencias de quienes la usan como *soporte* de un lugar.

Los aportes pueden ser objetos surreales contruidos con algunos elementos teóricos dispersos, y organizados por las exigencias de las coyunturas. Los aportes pueden ser técnicos, clínicos y hasta teóricos. Una colección de aportes fue exhibida en un Congreso donde los psicoanalistas se tomarían a sí mismos, y a su institución, como objeto de estudio. Todos ellos se publicaron en el número 4 de la revista de la APA de 1959 <sup>1</sup>.

Abadi dirá que el esoterismo asumido es la psicosis del grupo, y que el esoterismo reprimido es su neurosis. Luego, la APA sería una sociedad donde el esoterismo está reprimido, lo que tiene consecuencias que producen malestar (sólo por la psicosis el grupo podría quebrar este delicado equilibrio) <sup>1</sup>.

Los demás aportes coinciden en subrayar que existe algo esotérico en la práctica, pero ninguno sabe qué hacer. El *didáctico*, por supuesto, es el nudo. En tanto es obligatorio

---

<sup>1</sup> Revista de Psicoanálisis. Tomo XVI N 4, 1959, Bs. As.

y *anterior* a una relación con los textos, lleva implícito el momento de concluir por la ocupación del lugar del otro. En diferentes momentos Garma, Rascovsky, Abadi y otros defienden el psicoanálisis silvestre, pero ninguno se plantea seriamente un interrogante sobre la *condición* legal de ser médico y los efectos que produce.

El fantasma de la transgresión, teorizado de varias maneras, obsesiona: sociedad secreta, actividad incestuosa, escena primaria, Metáforas familiares con parricidios y filicidios, con raptos de sabinas y ofrendas masoquistas.

*Psicoanálisis en las Américas* (1968), en cambio, tiene algo de triunfo. Se registra un congreso y se hace un estudio “sociológico” donde puede leerse que los argentinos prefieren a los ingleses; y el resto de los latinoamericanos a ingleses y argentinos; que los intereses de los didactas resultan opuestos a los de los adherentes; y otras bellezas por el estilo <sup>2</sup>.

Un informe de Langer, Rodríguez y Grinberg, dice que la discusión más aguda surgió en torno a la contratransferencia (inventada en Inglaterra y desarrollada en Argentina): ¿obstáculo o instrumento? Instrumento –decían los argentinos; obstáculo– respondían los norteamericanos.

Luego las medianías. Habría en verdad una, dos, tres y quién sabe cuantas contratransferencias. Pero los informantes reconocen que los argentinos abusan del yo-lo-siento así para explicar sus interpretaciones; y que esto puede ser piedra libre, ya que la subjetividad –dicen– no tiene frenos <sup>2</sup>.

En definitiva no hay respuesta frente a esa doble exigencia que debería cumplir la institución: diacrónicamente, transmitir un *saber* y, sincrónicamente, articular esa experiencia de la *verdad* que haga posible el corte y el pasaje de la

<sup>2</sup> Rodríguez, Langer y otros, *Psicoanálisis en las Américas*, Ed. Paidós, 1968, Bs. As.

posición del analizante a la del analista. Sólo queda la experiencia de cada uno, la soledad narcisista de los didactas (alguno de ellos la nombra) y el recurso masivo a lo inefable de la experiencia; mientras el fantasma del aburrimiento –bajo diversos sinónimos– insiste de manera inquietante,

Algunas consignas de la Asociación: 1) Una versión del complejo nodular sin falo ni castración. 2) Una naturalización del deseo del niño por la madre, pensada como biológica, y no como aquello que se produce como Otro por la mediación de una pérdida. 3) La diferencia de los sexos como *roles culturales*, propuesta para combatir el biologismo de Freud, surgido de una lectura que confunde la filogénesis con la genética, el *Trieb* con el instinto. 4) La reducción de la familia (diacrónica por la descendencia, sincrónica por el juego simultáneo del narcisismo, la muerte y la inmortalidad) a la pareja fraternal y binaria que rivaliza con los hijos. 5) Reducción del lenguaje al *simbolismo* pensado como objeto mágico y como “instrumento” de conocimiento. 6) Reducción del tres al dos en la práctica, supuesta, como un juego basado en la gratificación y la frustración. 7) Reducción de la dimensión ética del inconsciente (el deseo reprimido y la ley son la misma cosa) a la moral de la envidia, la reparación y la gratitud. 8) El analista como espejo narcisista del analizante, jugando como ideal que se propone y superyó que se corrige. 9) Sistemática *inversión* del discurso freudiano, amparada en la idea de evolución y motivada por la búsqueda del *aporte personal* que se sostiene de una creencia donde la producción y la fantasía se incluyen. 10) La interpretación como un metalenguaje que puede darse como un objeto capaz de modificar los objetos “internos” del paciente.

Los diez puntos enumerados surgen de una lectura *en diagonal* de los trabajos que se fueron publicando en la Revista de Psicoanálisis desde 1942 hasta 1976, así como de la lectura de otros artículos y libros publicados por los miem-

bros de la APA. Nuestra lectura supone una cierta articulación del conjunto que determina a cada uno de los trabajos, así como una relación entre la traducción y la producción del *material* expuesto como resultado del *trabajo* de cada uno. Como el discurso de la historia produce tantos anagramas como cualquier otro, y como no existe un tiempo *lineal* organizado por el juego de las causas y los efectos, iremos citando nuestros textos según las sugerencias que nuestra lectura propone. La institución aparece, por decirlo así, como *un* sujeto de enunciación que soporta periódicas *divisiones* argumentadas de diversas formas (Alberto Fontana es interpelado por la ética médica, Pichón Riviére interpela desde la ética social, la ruptura de 1973 se realiza desde la ideología política, las últimas escisiones se proponen desde argumentos “científicos”).

El hecho de que las escisiones se produzcan siempre en la realidad (evocando en los propios actores el fantasma del *acting* y su cortejo de negatividades) es una consecuencia de los postulados mismos de la Asociación.

El nudo de esa enunciación fue publicado en la *Revista de Psicoanálisis* dedicada al tema de la interpretación (1/2/1957): “Creo que la palabra no sirve sólo para unir –responde Abadi, a unos comentarios del trabajo que presenta–, sino para separar”. Arminda Aberastury, por su parte, comenta: “En el niño el proceso de adquisición del lenguaje es inverso al que observamos en el proceso analítico. En un primer momento, no habla para comunicarse, habla porque necesita objetos, dentro de sí para desprenderse de la madre”. Siguiendo esta línea se podría llegar lejos, pero se postula que eso es lo *inverso* al psicoanálisis porque la consigua es, según la explícita María Langer: “. . . considerar a la pareja analista-analizado como unidad, como una sola Gestalt”. La configuración de la Gestalt hace que el lenguaje (que no sólo sirve para unir, sino también para separar) sea considerado como

sospechoso de sustituir la “comprensión profunda” por un “plano meramente intelectual”.

Después del relato de María Langer siguen algunos comentarios a los que ella puede responder: “Me interesó mucho lo dicho por el Dr. Cesio con lo cual concordó el Dr. Liberman, de que todos trabajamos actualmente en la misma línea. Ésta ya se pudo ver en el grupo de estudios del cual surgió el Comité Organizador. Buscamos todos por el lado de la contratransferencia el centro de la Gestalt (. . .) Hay que levantar las inhibiciones, para poder interpretar y entrar en la Gestalt”.

Esto es algo difícil, como bien se lo aclara la Sra. Isabel L. De Lamana a María Langer, en un lenguaje de candidata: “El trabajo de la Dra. Langer me ha hecho pensar en algo que se relaciona con el nuestro; la situación analítica ha sido vivenciada por nosotros como la completación de dos personas; al consultorio del analista entra media persona, que es la parte de sí mismo que el paciente tiene consciente. El analista por empatía, debe prestarle algo suyo, que corresponde a la otra mitad que el enfermo necesita (su parte inconsciente) para así, cada sesión, salir integrado. Pero ocurre que justamente los candidatos no tenemos acceso todavía a ciertas partes nuestras, por estar éstas todavía no analizadas; con lo cual no podemos prestar a nuestros pacientes esa mitad nuestra que él necesita para completar la propia. Por ello sólo después de un análisis didáctico bien hecho aprende el candidato a analizar. . .”.

Esta Gestalt es la que Lacan describe en su fase del espejo, la misma a la que Freud se refiere como obstáculo en el amor de transferencia, y en la anticipación del yo en la neurosis obsesiva. Desde este lugar el lenguaje y la paternidad quedan fuera: lo que explica el desplazamiento de Freud a la vertiente de M. Klein. Hay aquí una verdad que habla, la de esa falla de la función del padre que Lacan nos

describe. Además, se trata de borrar de cualquier forma el descubrimiento (se repite que la profesión de psicoanalista es insalubre y se insiste, por lo mismo, en más didáctico) de la división del sujeto. Mauricio Abadí llega, en su furor contra las palabras, a identificar la génesis del habla con un mecanismo obsesivo cuya función es controlar al perseguidor. Una verdad tan general puede conducir –le ocurre a Freud– a la búsqueda de una inversión de la metafísica en metapsicología, en vez de llevar a un intento de conjurar el lenguaje mediante una apelación al afecto y a las relaciones preverbales. Las palabras dividen y la Asociación se divide por palabras –por discursos– que hablan incluso para negar las palabras.

La unidad es postulada como Bien Supremo, la división es el Mal que debe conjurarse por la madurez: “Por otra parte, es exacto que en la situación competitiva desarrollada con tanta intensidad en esta sesión, el analista, por sentirse momentáneamente trabado y dominado por la actitud del analizado, se veía impedido de dar interpretaciones más elaboradas, más maduras, más genitales si cabe la expresión en este caso” (León Grinberg). Esta opinión no concuerda, incluso con algo que el mismo Grinberg descubre en su práctica: “Se trataba de un problema de ansiedad oral; de acuerdo al contexto del material proporcionado sufría por transformarse en sanguijuela que podía chupar, chuparme a mí y vaciarme; y le señalé dicho contenido. La interpretación no tuvo efecto, siguió despersonalizado, hasta que me referí a la forma particular en que había hablado, a esa fragmentación que hacía de las palabras, indicándole como aditamento, que la palabra representaba para él concretamente al objeto y a la tendencia; y que los había estado fragmentando como una tentativa de neutralizar su efecto. Cuando pudo asimilar ese aspecto de su actuación desapareció el fenómeno de la despersonalización”.

Cuando Grinberg pasa del simbolismo al significante, cuando alude a la forma en que las pulsiones parciales aparecen en el discurso, se produce un efecto cuya sorpresa no puede pensar: *es un aditamento*.

Este aferrarse a las palabras como objeto elude la división; G. T. Racker se pregunta: “¿Qué características de la formulación de la interpretación hacen que pueda aceptarla y asimilarla, es decir integrarla a su Yo? La respuesta inmediata es que tal interpretación, cualquiera sea su contenido, debe ser vivida como algo *bueno*, ya que, de lo contrario, desencadenaría ansiedades paranoicas que provocarían su negación, su evitación o su violento rechazo”<sup>1</sup>. El analista debe apaciguar y persuadir al yo del analizante para evitar estos efectos, por eso se propone la belleza (en el estilo) como instrumento que ponga un límite a ese horror que puede aparecer más allá del principio del placer. La Asociación sabe, por M. Klein, que la pulsión de muerte se encuentra en alguna parte y busca la forma de conjurar sus efectos al desplazarla hacia la agresividad (como su expresión) eludiendo que es necesario el nudo del narcisismo para comprender sus transformaciones.

Si el lenguaje es un contacto (comunicación) el contacto es un lenguaje: “El paciente se comunica con nosotros a través de una infinita gama de medios de expresión –escribe F. Cesio–; de este proceso sólo conocemos el resultado: *nuestras identificaciones con objetos del paciente y viceversa*”.

La identificación es considerada un “instrumento” de comprensión.

Según Cesio, y siguiendo el pacto de la unidad, la interpretación no verbal conduce a lo “profundo” y por lo mismo permite integrar mejor al yo. Pero este Yo, hay que recordarlo, es una Gestalt formada por la “pareja” de analista y analizante. “En una sesión me hablaba, como solía hacerlo, con una voz monótona, sin afecto –sigue argumentando

Cesio—, de sus antiguos temas. Como me ocurría algunas veces en sus sesiones, sentía un incómodo sopor, contra el cual debía luchar para mantenerme dominando la situación. Paulatinamente se me hizo más y más consciente que el elemento importante y que yo estaba menospreciando en la interpretación era éste: el sopor que me estaba perturbando en esos momentos”.

Esta revelación puede comprenderse después de leer lo que E. Pichón Riviére afirma en 1948: “...el médico vuelve a ocupar el verdadero lugar, ya que al preocuparse por el cuidado físico y psíquico de su enfermo, reúne en una sola mano lo que era encomendado a la medicina y a la religión por separado” (dicho, textual, por F. Alexander cinco años antes).

La frase de Pichón Riviére se refiere a la religión (religare) del soma y la psiquis en la unidad (que llama monismo) del sujeto de la medicina psicósomática. Atención total para un hombre único, atención única para un hombre total. La medicina se adosa una psiquis que le permite relevar a la religión. Esta certidumbre es una consecuencia de los postulados en que se funda la *Asociación Psicoanalítica Argentina*, en el año 1942.

La presentación del primer número del *órgano oficial* afirma: “El psicoanálisis nació como una necesidad terapéutica para interpretar y aliviar los sufrimientos de un determinado sector de pacientes. Su evolución ulterior lo condujo a ampliar el campo de sus *actividades médicas* y de su *materia*l inicial constituidos por los psiconeuróticos; fue extendiéndose en un sentido para dar una interpretación más profunda de los mecanismos mentales *ocurrentes en la psiquiatría*.”

Por otra parte aspectos insospechados hasta entonces de la medicina interna pasaron a ser campo fértil para sus investigaciones. De ahí surgió la actual medicina psicoso-

mática, hoy en plena *evolución*, y cuyas perspectivas futuras se pueden ya vislumbrar”<sup>3</sup>.

El psicoanálisis evolucionó hacia la medicina psicósomática que, a su vez, se encuentra en evolución: no hay cortes, sino espiral ascendente. El material del psicoanálisis no eran los discursos, sino los pacientes. Ocurren mecanismos mentales en la psiquiatría, no mecanismos mentales que la psiquiatría —es de suponer— describe. En definitiva, el psicoanálisis se ha convertido en una medicina ampliada que incluye a la psiquiatría y al psicoanálisis mismo: la revista es calificada de *órgano* y se habla del *cuerpo directivo* (así como en varios autores puede leerse la frase *dosis* de interpretación). El mismo número publica un “aporte” de F. Alexander (traducción de Arnaldo Rascovsky) que concluye: “El conocimiento detallado de la relación de la vida emocional y los procesos corporales extienden la función del médico. El cuidado físico y mental del paciente puede otra vez *ser reunido en una mano*. La división de la profesión curativa entre la religión y medicina (el analista profano constituye el último residuo de esta división), ha sido una división artificial basada en un conocimiento insuficiente de las funciones del cuerpo y de la personalidad en su mutua interrelación”.

La fundación de la *Asociación Psicoanalítica Argentina* es el pasaje de la fuerza *instituyente* de un discurso a la *institución* de una fuerza basada en la legitimidad social. La empresa tiene sus riesgos y la historia muestra los resultados de esta *inversión* (económica, sexual y teórica) del discurso del psicoanálisis: una búsqueda de *sobresalientes* fascinados por la ilusión de producir un *aporte* que les garantice un lugar. Primero se trata del lugar de la institución en la sociedad, después del lugar que cada miembro ocupa en la institución.

<sup>3</sup> Revista de Psicoanálisis. Año 1, N° 1, 1943, Bs. As.

En el primer tiempo se habla –según pudo describirlo Abadi– de la institución como *sociedad secreta*<sup>2</sup> y en un segundo tiempo –que describe Garma– de la asociación como reproducción de la familia<sup>4</sup>.

Primero la actividad es pensada como transgresión de una ley social, después como reproducción de una escena incestuosa. Garma refiere las discusiones entre kleinianos y freudianos a una defensa de la madre en el primer caso y del padre en el segundo. Siguiendo un olvidable artículo de Ferenczi se explica la institución por una simplificada versión del Edipo, excluyendo la dimensión excremental del dinero que circula en cantidades que varían según la jerarquía de los lugares que se constituyen.

Si otras instituciones reconocen la fuerza instituyente de la APA es porque ella invierte su discurso para volverse *equivalente* (ofrecer un servicio) a los aparatos que le fueron antagonistas. Es lo que Garma, sin saber, escribe: “Como el ambiente es hostil al psicoanalista, por su interés por la sexualidad y por lo reprimido, la *internalización de dicha hostilidad* y proyección contra un semejante, crea también agresiones contra el colega”<sup>5</sup>.

Esta *identificación con el enemigo* conduce a un progresivo rechazo de aquello que del discurso de Freud es rechazado: se generaliza la oposición entre neurosis y psicosis, se excluye toda reflexión sobre la perversión que no la califique como *defensa*, y se propone una relación de objeto implícita que rige la descripción de las demás *desviaciones*.

<sup>4</sup> A. Garma (Prólogo), *Historia, enseñanza y ejercicio legal del psicoanálisis* (F. Cesio, M. y A. Aberastury), Ed. Omeba, 1967, Bs. As.

<sup>5</sup> A. Garma, *Algunos contenidos latentes de la discordia entre psicoanalistas*, Rev. de Psicoanálisis, tomo XVI, N° 4, Bs. As.

Por otra parte, según la abundante reiteración de Racker<sup>6</sup> la *contratransferencia* apuntala al psicoanalista como institución y a la institución de psicoanalistas: 1) El deseo del analista *traduce* las fantasías del paciente; 2) La condición para que esto ocurra es el didáctico, puesto que de otra forma ese analista no puede traducir.

Así, el analista tiene garantizada su omnipotencia siempre que acepte la potencia de un didacta con quien tendrá que identificarse.

Por supuesto que Racker *invierte* en espejo una afirmación de Freud cuando, criticando a Artemidoro de Dalcis, afirma que el soñante por la *asociación libre* interpreta su propio sueño; y que de otra manera todo quedaría librado a la omnipotencia del interpretador<sup>7</sup>.

Después de una descripción de los obstáculos que encuentra la APA en su empeño por formar analistas, Arminda Aberastury concluye: 1) Los análisis didácticos se caracterizan porque el candidato busca *hacer carrera* en lugar de *analizarse*. 2) La escuela inglesa enseña a romper la idealización y permite un análisis sistemático de la transferencia negativa. 3) La consecuencia es la independencia del candidato, la estabilidad emocional. 4) Otra consecuencia de esta escuela sería permitir cuestionar el didáctico y la formación del analista en sus diferentes fases. 5) El control es definido como transmisión de técnicas y teorías que permitan al candidato ser más eficaz como terapeuta. 6) Enseñar los textos de Freud en forma cronológica y *relacionarlos* con las corrientes actuales, para que la teoría sea una *herramienta* de trabajo y no un credo. También será necesario intensificar la enseñanza de la Psiquiatría, el Psicoanálisis de niños y la Medicina

<sup>6</sup> H. Racker, *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, Ed. Paidós, 1969, Bs. As.

<sup>7</sup> S. Freud, *Interpretación de los sueños* (Cap. 3, nota al pie de página). O. C. Biblioteca Nueva, Madrid.

Psicosomática. 7) El texto de Freud, por su exuberancia, inhibe la capacidad creativa y hace que el psicoanálisis se transmita en forma mística y romántica. Si Freud hubiera sido menos genial, piensa A. Aberastury, los psicoanalistas hubieran trabajado más por una metodología científica para lograr una mejor aplicación, una mejor formación.

Después de enumerar estos puntos, mucho más exhaustivamente, Arminda Aberastury concluye con una frase de Rickman: “Se mantiene el reconocimiento (sic) estableciendo un alto nivel de formación, haciendo valer la competencia profesional, manteniendo una ética estricta y elaborando programas de estudios sistemáticos y rigurosos”<sup>8</sup>.

La formación del candidato es pensada sobre la sagrada trinidad de enseñanza, didáctico y control (con un énfasis especial en el didáctico, puesto que se piensa que “todos los problemas entre grupos” se deben a la neurosis de los candidatos y a los restos de transferencia y contratransferencia).

Si Arminda Aberastury descubre que se transmite un “mito” ¿por qué insiste en poner el *saber* del lado del analista? Cuando sugiere –en el mismo estudio– que los candidatos tengan “padrinos como en la Facultad de Medicina” para que alienten y supervisen sus trabajos, deja ver hasta qué punto el estatuto médico es el modelo al que se aspira.

Se excluye el saber del inconsciente que se descifra en el discurso del analizante: Aberastury repite, con Ferenczi, que no es posible que los pacientes estén mejor analizados que sus analistas (por eso, más didáctico para todos). La exclusión del analizante se *invierte* en la presentación de casos: “Es necesario fomentar las comunicaciones entre los diferentes grupos y tendencias y esforzarse por esclarecer las discrepancias para lo que propongo la formación de grupos de trabajo entre analistas, en los que se exprese, *a través del material clínico*, sus puntos de vista teóricos y técnicos”<sup>8</sup>.

El saber del inconsciente excluido retorna como *material* (no significativo, por desgracia) *clínico*. Consecuencia de la división del *discurso* en técnico/teórico; útil para imaginar en el primer término una connaturalidad del saber, y en el segundo una especulación que se añade.

Esta propuesta de 1957 aparece como fracasada en la crítica de José Bleger publicada en 1973: “La Asociación Psicoanalítica Argentina, en tanto institución, ha devenido un organismo formador de profesionales, marginando con ello su primer objetivo real que es ser una institución científica. . .”<sup>9</sup>.

Bleger intenta puntuar la crisis que separó por esa fecha a un conjunto de miembros de la APA y registra, al pasar, el retorno de la psicología: “Esta situación de la APA como formadora de profesionales ha sufrido a su vez el impacto de otro fenómeno sumamente importante: la presión de los psicólogos”<sup>9</sup>. *Psique en la universidad* encuentra urgencias que escapan al control de sus introductores, porque no tienen una *ciencia* para responder, ni una política para *enlazar* los términos que la ideología dispersa entre los psicólogos.

Los analizantes excluidos que sirvieron de alumnos y de material clínico para sostener la formación de analistas, retornan en conjuntos que interpelan la tranquilidad del grupo. El problema de los lugares en la institución se convierte de nuevo –pero también en forma invertida– en la discusión sobre el lugar de la institución en la sociedad.

Si al comienzo la institución era rechazada por la sociedad, ahora se trata de que, convertida en parte de esa misma sociedad, es rechazada por una parte de sus miembros. Las

<sup>8</sup> A. Aberastury y otros, *Historia, enseñanza y ejercicio legal del psicoanálisis*, Ed. Omeba, 1967, Bs. As.

<sup>9</sup> J. Bleger, *La APA, el psicoanálisis y los psicoanalistas*, Rev. de Psicoanálisis, tomo XXX, N° 2, 1973, Es. As.

apelaciones a la rebelión edípica, los restos de transferencia y contratransferencia, se levantan como argumentos que carecen de convicción.

La institución no garantiza un saber y tampoco permite participar en un poder que –por otra parte– se vuelve cada vez más aleatorio. Pocos años después Emilio Rodríguez contará su participación en la APA como la historia de una impostura sostenida por la exclusión del psicoanálisis<sup>10</sup>.

La revista *Visión* (21/10/1960) habla de los “freudianos en Buenos Aires” y cuenta en qué forma Ángel Garma convirtió a esta ciudad en la capital del psicoanálisis latinoamericano. Basta leer a Garma para comprender que si bien *invertió* muchos de los términos de Freud, intentó siempre mantener su doctrina como fundamento del psicoanálisis. Pero también basta leer a su “didacta” T. Reik, para comprender sus equívocos aires de innovación que más de una vez concluyen en la desaparición de la verdad freudiana.

Por ejemplo, es fácil ver que Freud busca en la literatura una *garantía* del inconsciente, mientras Garma supone al inconsciente como capaz de garantizar un *saber* sobre la literatura. Sin embargo, leyendo a Garma se pueden encontrar verdaderas articulaciones de una lectura y una escucha minuciosa: entre nosotros, es el primero que descubre al superyo como ligado al goce, interrogando la vertiente banal del culturalismo que lo reduce a una “internalización” de los valores sociales.

El peso de la formación médica (Garma había estudiado con Marañón) termina por conducirlo a la vertiente psicossomática, bajo cuya bandera se funda la APA. El primer número de la revista de la nueva institución incluye un saludo de E. Jones que completa su marca de fábrica: “El conocimiento del alemán, aún deseable, fue en otra época in-

<sup>10</sup> E. Rodríguez y M. Berlin, *El antiyo-yo*, Ed. Fundamento, 1977, Madrid.

dispensable para los propósitos de vinculación internacional relacionados con nuestra labor, pero está cediendo su primer lugar al inglés y es de esperar que la colaboración política creciente entre los países de habla castellana e inglesa se acompañe de una correspondiente colaboración estrecha, en nuestro trabajo científico”<sup>11</sup>.

*Ese alemán todavía deseable, ya no es indispensable.* La pregunta de Oscar Masotta tiene aquí su peso: “¿Pero cómo se las arreglaba Jones para estar tan de acuerdo con Freud pensando de modo tan radicalmente distinto?”<sup>11</sup>. El artículo que Masotta dedica a la lectura de un solo libro de E. Jones podría ser el protocolo de nuestra lectura de la fundación de la APA: “Liberalismo, esto es, poco o nada de fe en la subjetividad individual, más la retención de la idea de individuo, más la idea de que las teorías pertenecen al registro de la verdad, pero que la verdad surge de la competencia de las opiniones”<sup>12</sup>.

Esta es la marca de aquellos que fundaron la APA: Ángel Garma, Celes E. Cárcamo, Arnaldo Rascovsky, Enrique Pichón Riviére, María Glas de Langer. Liberalismo que, como escribe Masotta a propósito de E. Jones, conduce a la “construcción de la destrucción de la concepción freudiana”.

Por ejemplo, para Freud la anatomía se convierte en destino por el deseo del Otro. Expulsada en su valor simbólico, esa anatomía retorna como empírica en los postulados psicossomáticos. En lugar de la diferencia (anatómica) de los sexos, la búsqueda de la equivalencia fantástica entre el aparato del lenguaje y la anatomía descriptiva. Para Freud la diferencia es anatómica porque es sexual, mientras que para la medicina psicossomática la sexualidad se hace diferencia por

<sup>11</sup> Revista de Psicoanálisis. Año 1, N° 1, 1943, Bs. As.

<sup>12</sup> O. Masotta, *Qué es el psicoanálisis (En Introducción a la lectura de J. Lacan)*, Ed. Corregidor, 1974, Bs. As.

la anatomía. La búsqueda del cuerpo en la cadena de los significantes, la búsqueda de los significantes operando en el cuerpo, conduce por ambas vías a obtener el descubrimiento de aquello que lo viviente pierde por ser del lenguaje. Tanto el Trieb como la *muerte*, que se convierte en Trieb más allá del principio del placer, dejan lugar a discursos que se fundan en la empiria y donde esas especulaciones no “aparecen”. Sin embargo, la expansión masiva de la fenomenología de M. Klein introduce la simetría entre eros/pulsión de muerte como innatos, a partir de los cuales puede contarse el juego de lo paranoide-esquizo-depresivo, fundamento de un Edipo que se encuentra en el comienzo para garantizar la *naturalidad* de la madre.

En Freud, a la inversa, algo se pierde para que la madre sea puesta en ese lugar: por casualidad, es ella misma.

Pero esto no puede interesar cuando alguien como Carlos A. Paz, desde la misma revista de la APA (tomo XXX, 1973) declara: “Pienso que la *inexistencia* actual de un Psicoanálisis (sic) no invalida los muy necesarios trabajos de investigación para conocer primero y evaluar luego las curaciones que logramos los psicoanalistas argentinos con los distintos psicoanálisis que podemos emplear, y por el contrario esto contribuiría a aclarar los distintos grados de efectividad de las técnicas en uso”. No hay *un* psicoanálisis porque hay *muchas* técnicas, dice el discurso médico que permite observar alguna *sustancia* fuera del discurso.

Cuando Pichón Riviére, de la mano de Alexander, piensa tomar en un solo puño a la religión y a la medicina, anticipa los efectos de esta omnipotencia sin rectificación posible, de esta magia que se ignora por su lenguaje y se constituye por su silencio.

¿Qué verdad habla, cuando esto habla? Inversión del discurso freudiano, desplazamiento del juego de los significantes para volver a la unidad de un signo capaz de

garantizar algún *pacto* con el semejante. Por eso Liberman optará por la teoría de la comunicación; y Maldavsky puede suponer la convergencia de una estilística heteróclita con los “cuadros” de la antigua psiquiatría. Los *aportes*, las contribuciones y las *sugerencias* resultan siempre *resemantizaciones* de algunas significaciones inquietas por esos ruidos del significante que Freud comenzó a deletrear en chiste, mediante una cierta relación con el inconsciente.

Volvamos nosotros a deletrear ese comienzo cuyo final es tan imprevisible como las derivas de una historia donde se juega el psicoanálisis: Angel Garma llega a la Argentina en 1938, en 1939 Celes Cárcamo vuelve de su formación en París. Desde 1936 Arnaldo Rascovsky busca explicaciones “dinámicas” en el Hospital de Niños, mientras Enrique Pichón Riviére hace lo mismo en el Hospicio de las Mercedes. En 1939 A. Rascovsky comienza su análisis con Garma y poco tiempo después hace lo mismo Pichón Riviére. A mediados de 1942 llega María Glas de Langer y a fines de ese mismo año se funda la APA. Garma venía de Berlín y de un análisis con T. Reik; Celes Cárcamo de París y de un análisis con Polschiff (garantizado por M. Bonaparte); María G. de Langer venía de Viena y de un análisis con R. Sterba, así como seminarios y controles con J. Lampl de Groot.

T. Reik, Polschiff y R. Sterba –según la hipótesis de los mismos analistas de la APA– estarían en los fundamentos *ideales* de la institución, siendo los primeros analistas de sus fundadores. Por su parte, A. Rascovsky y E. Pichón Riviére son los primeros *analizantes* de la institución, dentro de lo que se dio en llamar didáctica.

Es por la guerra que Angel Garma y M. Langer llegan a la Argentina. A la inversa, Cárcamo es de una familia de hacendados y viaja a París. En los orígenes de su vocación se encuentra el excluido James Mapelli (“un psicoanalista no médico” que trabajaba en el servicio del Dr. Speroni) y la

recomendación para su analista en París era de un especialista en criminología: José Belbey.

He aquí lo que Ricardo H. Etchegoyen afirma de James Mapelli: “Cuando los institutos científicos no están a la altura del tiempo, alguien ocupa su lugar. Se explica así el predicamento de James Mapelli en aquellos años. Italiano de origen, radicado en Buenos Aires, Mapelli llega a elaborar, sin ser médico, un método psicoterapéutico que estuvo muy en boga. Su teoría de la personalidad, que expuso en su libro *La Psicoinervación* (El Atenco, 1928, Bs. As.), parte de la conocida influencia del psiquismo sobre las funciones corporales, que explica por ciertos centros *reflexivos-dinámicos*. Sometidos a estímulos adecuados –he aquí la clave de Mapelli– estos centros provocan el llamado *shock emocional sugestivo*, de efecto terapéutico”<sup>13</sup>.

Etchegoyen no leyó el libro de Mapelli (puesto que remite a un artículo sobre él mismo) sería interesante evocarlo mediante algunas citas: “El sentimiento, sea de placer, de dolor o de muerte, tiene valor en el hombre solamente *porque el lenguaje nos ha explicado* el valor de dichos fenómenos (. . .) Sin lenguaje no puede haber pensamiento (. . .) El deseo, que causa tantas emociones, no existiría sin la facultad de ser uno informado por medio de la palabra, de sensaciones experimentadas por otros (. . .) El lenguaje tiene una preponderante acción sobre la sensibilidad orgánica”<sup>14</sup>.

Una lectura atenta de este extraño en la comunidad quizá permitiría comprender su influencia en Celes Cárcamo. No era por falta de institución que Mapelli pensaba esas cosas, puesto que las desarrolla en el *interior* de una, y según los ritos bibliográficos de su momento. La psicoinervación

<sup>13</sup> R. H. Etchegoyen, *Estado actual de la psicoterapia en la Argentina* (En: *Las psicoterapias y el psicoterapeuta*, comp. de G. Bermann, Ed. Paidós, 1964), Bs. As.  
<sup>14</sup> J. Mapelli, *La psicoinervación*, Ed. El Atenco, 1928, Bs. As.

de Mapelli se diferencia de otras psicoterapias de la época por el valor que le otorga al lenguaje, cosa que habla más de la sordera de sus semejantes que de su vocación para ocupar un lugar que debería ser dibujado por los institutos científicos.

El otro antecedente argentino de Cárcamo –es decir, José Belbey– trabajó en la línea Janet y Charcot para demostrar que “ese yo que se pretende aristocratizar es un pobre esclavo condenado a actuar. . .”.

Nuestras citas de Mapelli y nuestra referencia de Belbey. . . ¿no darían otra historia de la APA, si Celes Cárcamo no las hubiese olvidado? *No aristocratizar el yo, dejar que el discurso enseñe al sujeto sobre el saber inconsciente que lo constituye*. Algo sugerente, aunque no tan sugestivo como París y la princesa Bonaparte.

Pichón Riviére *invierte* el *ello* freudiano en la psicología social, Rascovsky *invierte* el parricidio en un filicidio marcado por la llamada lucha generacional<sup>15</sup>.

Por su parte, Celes Cárcamo prefiere la vertiente de Geza Roheim, la semantización del mito y la reducción al Eipo (poniendo en la premisa la conclusión, eludiendo los articuladores mayores de la teoría)<sup>16</sup>.

La activa y versátil María Langer pasa por diferentes modificaciones del discurso psicoanalítico, pero mantiene siempre el *continuo* de un cierto culturalismo que denotando *lo social* adquiere diversas connotaciones políticas: en 1951 el mito del *niño asado* se relaciona con Tántalo y otros de la literatura infantil<sup>17</sup>; en 1957 el mismo rumor es relacionado con Eva Perón y el “análisis” del fenómeno disfraza apenas

<sup>15</sup> O. Masotta, *Ensayos lacanianos* (véase el capítulo sobre “El hombre de los lobos”), Ed. Anagrama, 1976, Madrid.

<sup>16</sup> C. Preti, *El sueño del Faraón*, Notas de la Escuela Freudiana, N° 3, Bs. As.

<sup>17</sup> M. Langer, *Maternidad y sexo*, Ed. Nova, 1957, Bs. As.

la posición ideológica que lo conduce<sup>18</sup>. En 1951 María Langer afirma: “Extraña que Freud, observador revolucionario y sumamente crítico en todos los demás aspectos, se haya sometido sin protesta a los conceptos falocéntricos de su época (. . .) no pudo liberarse del lastre cultural que le imponía el pasado patriarcal de nuestra civilización. Un factor causal de su enfoque sería, pues, la larga tradición falocéntrica y patriarcal”<sup>17</sup>. María Langer supone que Freud no pudo liberarse de aquello que, casualmente, descubrió. Supone, además, que valorizó lo biológico en detrimento de lo social y ambiental.

En 1968 María Langer expone el mito evolucionista que sostiene sus creencias sobre una cultura calificada como lastre y como proyecto: “Concuerdo con la conjetura, planteada por Kahn y Wiener, de que estamos presenciando otra vuelta de la espiral histórica y volviendo, en otro nivel, a determinados valores humanistas”<sup>19</sup>. María Langer se propone en este trabajo predecir el futuro (estaba de moda la prospectiva de Kahn) y algunos años después el mismo culturalismo invierte el signo político en la perspectiva del humanismo liberal.

Los fundadores de la APA mantienen el texto de Freud como sagrado (extrayendo citas para producir las *inversiones* más extrañas y contradictorias) sin decidir nunca una lectura en el registro en que dicho discurso se enlaza con los efectos, las causas y los supuestos que lo determinan. Nunca buscan la lógica de las *ocurrencias* del texto, sino que se preocupan por saber si lo que el texto dice *ocurre en la realidad*.

Luchan las clases, las generaciones, los sexos: la tensión agresiva es descripta, jamás es analizada. Los conceptos son efectos de esa misma tensión: *el yo de los analizantes fasci-*

<sup>18</sup> M. Langer, *Fantasías eternas a la luz del psicoanálisis*, Ed. Nova, 1957, Bs. As.

<sup>19</sup> M. Langer, *El analizado del año 2000*, Rev. de Psicoanálisis, N° 3-4, 1968, Bs. As.

*na a los analistas cuando nada de ello se deja escuchar en el discurso.* Se promueve la familia y se la acusa de todos los males, se promueve la pareja y se descubre su impotencia, se promueve la madurez genital y se fatiga la descripción de sus fracasos, se promueve lo social y se lo reduce a la psicología, se promueve un psicoanálisis que supuesto como biológico en Freud, será completado (impugnado) en nombre de una sociedad. La ausencia de alguna reflexión sobre el lenguaje conduce este dualismo que reduce el sujeto a un espejo (de la sociedad) y a un espejismo (de los instintos).

Arminda Aberastury tiene razón al suponer que la complejidad del discurso freudiano acompleja las iniciativas de la institución.

Los nuevos didactas, formados en el período 1942/54, son: Luis Rascovsky, Heinrich Racker, Arminda Aberastury y Luisa Gambier de Alvarez Toledo.

El discurso psicoanalítico se *invierte* entonces en los problemas de la técnica, el desarrollo del psicoanálisis de niños (de Anna Freud a M. Klein) y la utilización de drogas alucinógenas. A partir de 1956 llegan a la categoría de didactas D. Liberman, L. Grinberg, M. Abadi, E. Garma, F. Cesio, G. Racker, J. M. Mom y E. Rodríguez: predomina entonces la escuela de M. Klein en relación con Winicott, Bion y la teoría de la comunicación.

A partir de 1964 nuevos analistas didácticos y nuevas inversiones: J. Bleger, D. García Reinoso, J. Tomás, E. Rolla, G. Rover de García Reynoso, M. Baranger y W. Baranger: predominio de M Klein y enlace del culturalismo con el marxismo a través de José Bleger.

Consecuente con sus postulados, cada generación realiza un reconocimiento oratorio de la anterior y trata de superarla por el ingenio: esto explica el rito de un *desplazamiento* bibliográfico sólo orientado por la novedad, y sin otra lógica que la secuencia temporal en que se producen los tex-

tos en otras latitudes: “Es tan riesgoso alternar distintos esquemas conceptuales por las confusiones semánticas y los malentendidos que pueden originarse, como lamentable privarse de este delicado ejercicio, por la pobreza que resultaría de la adhesión rígida a alguno de ellos, concebido –erróneamente creo– como un pensamiento monolítico”<sup>20</sup>. La confusión y la simbiosis –de la que habla Bleger– parece describir el *momento* en que la institución –privada de su fuerza instituyente– ve esfumarse la coherencia de su discurso y dispersarse a los miembros de su cuerpo orgánico.

Dos libros de Heinrich Racker (*Psicoanálisis del Espíritu* [Ed. Paidós, 1965, Bs. As.] y *Estudios sobre técnica psicoanalítica* [Ed. Paidós, 1969, Bs. As.]) muestran las limitaciones de la práctica, cuando excluye la teoría. Por una parte la “técnica” sostenida por lo impensable de sus articulaciones, por otra parte la “teoría” como actividad suplementaria que funciona como exposición de consignas tendientes a la estabilidad del grupo. Heinrich Racker (1910/1961) arriba –como tantos otros– huyendo del nazismo, y desde 1939 hasta su muerte trabaja en la construcción del psicoanálisis argentino, llegando a ostentar la máxima jerarquía de la institución.

Nacido en Polonia y criado en Viena, la adolescencia lo sorprende con la quiebra económica de su familia y en la lectura de Thomas Mann y Sigmund Freud. Después de haberse graduado en filosofía (la amplitud posterior de sus intereses muestra esta huella) inicia la carrera de medicina para cumplir con la condición social que le permitiría acceder al psicoanálisis. En Argentina se analiza primero con Angel Garma y luego con Marie Langer.

<sup>20</sup> R. Z de Goldstein, Rev. de Psicoanálisis, N° 2-3, 1974, Bs. As.

Sus escritos no escapan a la reducción que se apodera de todo el grupo. Al comienzo un interés humanista por todas las manifestaciones del espíritu, al final el encierro en la especialización como garantía de seriedad clínica. Una reducción de la problemática freudiana a la oposición entre instintos y razón, introduce un límite en la amplitud de sus preocupaciones y lo lleva –en muchos casos– a ignorar el concepto mismo que fundamenta al psicoanálisis: el deseo.

La concepción que Racker tiene de la transferencia explicita la forma en que concebía este lazo: una reeducación de los instintos realizada mediante la práctica de la frustración.

*Psicoanálisis del Espíritu* incluye un trabajo que muestra cómo el deseo del analista juega en el discurso una producción que desborda su teoría. El trabajo en cuestión se llama *La música y el músico* y expone la historia de una analizante llamada Ingrid, médica de profesión, y apasionada por la música.

Ingrid se analiza por motivos didácticos, es decir, cumpliendo con una de las condiciones que le permita ser reconocida como analista.

Racker, por su parte, se apasionó desde su juventud por la música y los datos de su paciente resultan en todo semejantes a los propios: el didáctico y la medicina como condición de la práctica analítica, la música como pasión lateral.

Ingrid sueña que es atacada y se salva cantando: ella teme el nacimiento de un hijo que la atacaría como ella atacó a su madre. Luego aparece un dibujo en lo real (dos flautistas conjuran serpientes con su música).

La pulsión oral se cliva: la serpiente destruye, el flautista encanta (seduce).

Cuando Racker llega a la pulsión de muerte el sonido es situado, en forma retroactiva, como aquello que conjura

la pérdida de la cosa por la que el sujeto se constituye. No seguiremos a Racker en su precipitación teórica en los supuestos de M. Klein, sino que volveremos al comienzo de su artículo referido al goce de la música (el goce que le permite cicatrizar en parte la herida abierta entre la “técnica” y la “teoría” psicoanalítica).

Racker parte del sonido en su relación con la voz y los instrumentos, intentando articular el goce del cuerpo (la proyección de los órganos –instrumentos– como relieve de la voz). La voz, a su vez, será situada en el lugar de una pérdida señalada por el grito.

Un paso más, la voz será llamada de amor que se manifiesta en el canto.

El grito es de protesta y pedido, de rechazo y llamado, de agresión y amor –escribe Racker– y queda en el lugar de un objeto perdido. El grito señala la separación y busca la reunión. A partir de aquí la música es puesta como el goce sonoro que juega en la simbolización de lo uno y lo múltiple, fundamento matemático de lo bello. “La relación numérica entre el tono y sus sonidos armónicos es la de 1 a 2 a 3 a 4 a 5 etcétera. Son pues las relaciones entre los números simples y enteros las que se expresan en los tonos de la escala diatónica y que fundamentan lo bello”.

Racker recorre, entonces, los conceptos de la teoría clásica de la música mostrando las articulaciones sucesivas del motivo con la repetición y la variación: “El ritmo se define de diversas maneras –escribe– pero su esencia es el retorno (o la repetición) de un fenómeno en tiempos iguales (lo que constituye el protorritmo), o en tiempos cuyas proporciones son regidas por números simples”.

Lo uno y lo múltiple, la repetición: aquí es donde Racker puede articular el problema de la pulsión de muerte y de la constitución del sujeto por la exclusión (inconsciente) de la misma.

Racker entiende a su analizante por la semejanza con su propio goce de la música, límite de una teoría de la relación analítica que sólo conoce la identificación de las personas y deja en suspenso la respuesta sobre él deseo del analista, inspirador de la interpretación.

El deseo del analista borrado por una versión obsesiva de la *neutralidad* retorna como escándalo en la denuncia de la *ideología*: es lo que provoca la escisión que se hace pública en 1972 y que convierte a una considerable cantidad de miembros de la APA en fundadores de dos agrupaciones: *Plataforma* y *Documento*.

Bleger supone que detrás de la “ideología” hay un problema económico: “. . .el psicoanálisis dejó de ser una actividad suficientemente lucrativa si se lo compara con las posibilidades económicas de otras técnicas y actividades terapéuticas. Y esta última razón no ha dejado de tener peso en muchos de los que perdieron su interés por el psicoanálisis y por la Asociación psicoanalítica. No discuto la legitimidad de tal resolución. Lo que pongo en tela de juicio es que, en vez de recoger el problema en el nivel que corresponde, se valen de la superestructura como una racionalización y presentan su alejamiento de la Asociación Psicoanalítica como fundada en razones ideológicas y políticas”<sup>21</sup>.

Contradictoria y no del todo bien intencionada, la interpretación de Bleger se relaciona con la verdad. Ocurre, sin embargo, que la economía es también libidinal y que las *consignas* excluyen la muerte (aunque, por supuesto, pueden conducir a la misma). Lo cierto que la mayor escisión que la APA soportó, al realizarse en el interior de una política gene-

<sup>21</sup> J. Bleger, *La APA, el psicoanálisis y los psicoanalistas*, Rev. de Psicoanálisis, tomo XXX, N° 2, 1973, Es. As.

ral, encontró su proyecto determinado por el destino de la misma. De todas maneras, en esa política el psicoanálisis estaba excluido y el acento se desplazaba hacia un ideal de psicoanalista volcado en un compromiso social. La pregunta por el deseo del psicoanalista encontraba respuesta en una causa extraterritorial: el analista deseaba colaborar en un proceso de liberación social, despertaba –al parecer– de un sueño y descubría el problema fraterno de la justicia y la imposición paterna de la ley. Agente de cambio –como su anterior alumno y paciente psicólogo, ahora fraterno– sumaba su voz al *lenguaje común* de la vindicación de una determinada clase. Descubría que la indiferencia política era una política diferente, y en vez de preguntarse por las *diferentes políticas* se incluía en la que resultaba *natural* para el conjunto social que lo reconocía y al que reconocía.

Por un lado se concluía que la neutralidad era un mito, por el otro se agregaba un *plus* ideológico a la supuesta neutralidad (por donde se podía seguir pensando que la misma existía sin el *plus*).

*Es fácil comprender que Freud jamás fue un indiferente político, sino que siempre supo que el psicoanálisis era una política diferente y una diferencia fundamental con todo lo que se designa en nuestras sociedades como política.*

En efecto, el 26 de noviembre de 1930, Freud le responde a Arnold Zweig: “He recibido de usted dos cosas diferentes, un escrito titulado *Kundgebung* (Manifiesto) y un memorándum fechado: Berlín, comienzo de enero. Supongo que usted sólo desea mi firma para el primero de los escritos nombrados. La daría con muchísimo gusto, si esta declaración no encerrara todo ese ataque contra el desorden económico del capitalismo. Firmarlo, significaría tomar partido por el ideal comunista, y yo me siento muy lejos de él.

A pesar de toda mi disconformidad respecto del orden económico actual, no aliento ninguna esperanza de que el camino emprendido por los soviéticos pueda conducir a una mejoría. Sigo siendo un liberal de viejo cuño. En mi última obra he criticado esa mescolanza de despotismo y comunismo, sin poner en duda ni un solo momento lo que decía. No sé si los dictadores rusos se molestan siquiera por prestar atención a las opiniones de un par de “intelectuales” –probablemente no les importa un reverendo comino–, pero si les importa sólo puede redundar en perjuicio de estas proclamas el hecho de que un enemigo declarado como yo las firme”<sup>22</sup>.

Freud prefiere designarse como “liberal” para sostener, según las exigencias de su interlocutor, lo que en verdad es una consecuencia de sus postulados: la concentración de un poder supone la segregación de un enemigo (*El malestar en la cultura* sostiene que el comunismo mantiene su unidad por la existencia del capitalismo, después de la Segunda Guerra fue recíproco).

Desde Wilhelm Reich a Deleuze y Guattari, siempre se producen discursos que oscilan entre la búsqueda de una equivalencia y la ascensión a los extremos de una diferencia. Reich inventó la intriga de un Freud (científico revolucionario) detenido a mitad de camino por un Freud (filósofo burgués) y propuso la consigna: *Freud contra Freud*. Pero, al fin, en una carta a Liebeck (30/3/1935) concluye: “Yo mismo me he inferido un grave daño al trabajar tantos años bajo la sensación de que mi teoría de la genitalidad se basaba en la de Freud. Esto era únicamente debido a mi fijación paterna. Confío en que algún día lleve a cabo la ruptura definitiva”<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> *Correspondencia Freud-Zweig*, Ed. Granica, 1974, Bs. As.

<sup>23</sup> *Reich habla de Freud*, Ed. Anagrama, 1970, Madrid.

Reich, al final, se vindica como científico naturalista y precursor del culturalismo norteamericano (llega a decir que Freud odia los EE.UU. porque su represión sexual le impide aceptar la “liberalidad” de los americanos en la materia). Por el nazismo Freud descubre la dimensión de una tragedia: *Psicología de las masas y análisis del yo/El malestar en la cultura/ Moisés y el monoteísmo*. Por el nazismo Reich se introduce en la soberbia de los arquitectos del alma, se propone como profeta de la juventud y termina delirando una *segregación* (los que no son genitales no pueden ser analistas, dice) equivalente a la de sus enemigos.

Reich piensa que Freud es resignado, melancólico, es escéptico. Oponer a eso un discurso paranoico que se encuentra en banda de moebius con aquel del nazismo que lo fascina; y con el que comparte el horror de una verdad descubierta como aniquilación del mundo o salvación eterna.

La supuesta indiferencia política de Freud pone a cada psicoanalista frente a su diferencia política con Freud: someterse a un enigma, atormentarse por una transgresión, sufrir por una división, derivar en la pasividad de lo impensable, apelar al cuento de una evolución, robar del padre idealizado la parte “buena” y gozar a escondida de los beneficios de su parte “mala”.

Los engaños y las paradojas del discurso de Freud, como los mentados de la verdad y sus desplantes, funcionan como ese enigma que sobredetermina en el sueño que el desciframiento no encuentre descifrador, que la asociación libre signifique el rigor de unas cadenas que operan en algún lugar, en Otro lugar. Se puede ser un *profesional* (de la salud mental, ya que no se quiere nombrar la enfermedad... porque se vive de ella) sin comprender nada del psicoanálisis, incluso sin tener que someterse a semejante deriva.

Reich sospecha que la indiferencia política de Freud es una política diferente que surge de una sexualidad turbia.

de unas represiones históricas, de ciertas oscuras envidias por la salud genital de la juventud, de una incierta necesidad de poder, de algunas vueltas de la perversión. Incluso, quiere decir que por ser judío tolera a los nazis, que por ser judío sospecha de los soviéticos, que por ser judío no puede realizarse en su genitalidad. Nunca nadie ha puesto tanto esfuerzo e inteligencia para arribar a conclusiones tan estúpidas como canallescas. Un discurso de amo: que la juventud se entregue a la tiranía de Reich puesto que Reich se consagra a la juventud.

La paradoja es que Freud piensa que los “comunistas” no quieren saber nada con la historia, que simulan que las luchas se deben a los intereses “actuales” de los agentes. La diferencia de Freud es un cuento: Había una vez un estado donde los efectos mortíferos del lenguaje no tenían en la propiedad el señuelo de su ejercicio. Había una vez un lugar donde el goce del esclavo ofendió al vacío (al amo) su pasión por la muerte.

Suponer indiferencia en Freud para inventar la diferencia (política) allí donde la de los sexos es anulada. Importa que la (in) diferencia de Freud, de su discurso, del psicoanálisis, se toca en el límite con la muerte.

Reich lo comprendió: esta historia de la pulsión de muerte introduce una diferencia irreductible a las políticas *naturales*, esta historia de la pulsión de muerte afecta unos *artificios* dignos del barroco trajinar de todo el mundo, esta historia de la pulsión de muerte complica mucho más el optimismo de los dirigentes que la resignación de los dirigidos, esta historia de la pulsión de muerte viene a decir que la muerte hace la historia, lo que se diferencia de las políticas pensadas por los vivos.

Ahí donde esta diferencia quiere ser ocultada, algo de lo real vendrá a sacudir la indiferencia de una posición que se designa como apolítica porque encuentra el *objeto adecua-*

do. Cuando los psicoanalistas de la APA confunden su apoliticidad satisfecha de antaño con la diferencia actual del psicoanálisis, como se descifra en los textos de Freud, suponen que dichos textos son el producto de una indiferencia.

Los psicoanalistas pueden defender su territorio, pero el objeto analítico es siempre extraterritorial: el psicoanalista no es el representante de la familia, tampoco el centro de una neutralidad, mucho menos el *partenaire* (el compañero/la compañera) sexual e ideológico en la búsqueda del porvenir.

La transferencia, la repetición, la pulsión, el objeto parcial operan en cualquier parte: el acto analítico es otra cosa, está hecho de los desperdicios del goce. Lacan insta a pensar la “indiferencia” política. Daniel Sibony dijo algo en respuesta. Ahí nos inspiramos.

La denuncia de la neutralidad es el anverso de un supuesto: ahí vienen los otros —esta vez, sí— para instaurarla en nombre de la *ciencia* verdadera.

Nuestros psicoanalistas se dividen, entonces, entre los que por haber notado la diferencia política se vuelven indiferentes en psicoanálisis, y los que sostienen la diferencia psicoanalítica por indiferencia política. Es la *diferencia* entre un discurso y otro lo que opera en silencio como articulación de un deseo (un sujeto —decía Freud— pertenece a tantas masas y discursos como identificaciones lo atraviesan). Entonces las diferencias se multiplican y con ellas proliferan los cortes, los abismos que se abren y las *indiferencias* que se necesitan en cada caso para borrar aquellas diferencias que menos se pueden soportar. De pronto un sujeto, un grupo,  *Cree* encontrar su diferencia en un discurso que lo conduce con *indiferencia* a su propio exterminio.

Este retorno de la muerte, este éxito sin fracaso del suicidio, muestra que la articulación aparente de una diferencia es la búsqueda desesperada de la indiferencia absoluta. La supuesta indiferencia de Freud no olvida nunca la di-

ferencia entre la vida y la muerte, entre el placer y el goce, entre la castración y el falo, entre un discurso determinado y la sobredeterminación de un discurso, entre el enigma mismo de la indiferencia y la imposibilidad de la diferencia. El discurso de Freud puede ser leído como una larga y extraña disertación sobre la *segregación* (de los cuerpos, de los sexos, de los discursos, de los deseos, de las razas, etcétera) producida por la diferencia imposible y la indiferencia ilusoria.

Nuestros analistas se habían alejado antes de ese discurso, habían tomado la vía triunfal de un culturalismo que definía su práctica como la de unos agentes (de conservación o/y de transformación) comprometidos por el ideal en los goces ignorados de unos sufrimientos, que puede descifrarse porque se enuncia.

Lo que el psicoanálisis permite escuchar de la indiferencia que se enuncia, descifra a la diferencia que se esfuma; de la misma forma que la diferencia que se clama suele escamotear la indiferencia que se calla.

Muchos psicoanalistas se precipitaron en la política para eludir la *diferencia* que les marcaban en forma amenazante; otros permanecieron ajenos porque esa amenaza les era *indiferente* (es decir, porque tenían enunciada una diferencia —como Bleger— o porque tenían segura su indiferencia —como Grinberg).

Esto significa que no es fácil detectar en un discurso dónde se encuentra la articulación de la diferencia (sexual, política) y dónde cae ese *resto* de la indiferencia (sexual, política). En la ideología existen términos que marcan la imposibilidad de la diferencia: coyuntura, táctica, estrategia, etcétera. Estos términos garantizan que la diferencia de hoy puede ser la equivalencia de mañana, que la indiferencia de antaño se convierta en pasión del presente.

Freud tiene una diferencia con los psicoanalistas: ella consiste en afirmar que aquello que se niega y aquello que

se afirma, aquello que liga y aquello que separa, pasa por el acto del análisis. El deseo del analista no es la indiferencia de nada, sino que es deseo de la diferencia de lo que sea.

Decir a medias, apenas algo, ciertas hilachas: los psicoanalistas que se suponían *todo*, al ser interpelados por la política pensaron que no eran *nada* y quisieron encontrarse de nuevo con *todo* en el abrazo fraternal de las ideologías que dominaban la “coyuntura”. Una *profesión* suele ser una equivalencia bastante sólida como para permitir soportar una diferencia signada por una *minoría*: “Vayamos todos juntos – decía un estribillo– que juntos somos más”.

*Questionamos* (Ed. Granica, 1972, Bs. As.) se llama un libro que reúne un conjunto de textos de varios autores que retoman –con suerte y talentos dispares– lo que la colección designa como *izquierda freudiana*. Ahora, es fácil comprender que la “coyuntura” no innovaba en las posiciones adoptadas, y que solamente la insistencia de alguno en el tema de la muerte pudo anticipar algo de aquello que los discursos tramaban sin poder explicitar. Las redes de la historia no serán develadas por ninguna Historia, por más tejidos que el juego de la diferencia y la indiferencia puedan trazar.

Lo cierto es que el *sacrificio* implica, por el mártir, al semejante en el lugar de oficiante y/o cómplice. Pero aun así es necesario subrayar otra vez la *inversión* (esta vez, política) del psicoanálisis, al empujarlo a un lugar que no podía sostener por ningún equívoco.

Una vez más es necesario citar la diferencia (no la indiferencia) de Freud: “Mi abnegado Edoardo Weiss ha creado en Roma un grupo psicoanalítico y editado varios números de una *Rivista Italiana di Psicoanalisi*. Repentinamente le han prohibido continuar con su publicación, y esta prohibición no pudo ser levantada a pesar de que Weiss mantiene

buenas relaciones con Mussolini y de haber obtenido de éste una confirmación plenamente satisfactoria. Se supone que esta medida parte directamente desde el Vaticano y que su responsable es nuestro *Pater* Schmidt. De todo ello cabe deducir que la publicación de una nueva obra mía puede llegar a causar cierto alboroto que de ninguna manera escaparía a la atención de quién ya se ha declarado abiertamente enemigo de mis ideas. Con esto se arriesgaría la prohibición del psicoanálisis en Viena y la suspensión de todos los trabajos que estamos realizando aquí. Si el peligro sólo fuese para mí, no me impresionaría demasiado, pero el riesgo de que todos nuestros miembros en Viena se queden sin trabajo, es una responsabilidad que no me puedo permitir el *lujo* de asumir. Y además debo agregar que mi trabajo no me parece muy firme ni me termina de agradar. Por consiguiente, no es causa suficiente para un martirologio. ¡Y, por ahora, punto!” (Carta a Arnold Zweig, 30/9/1934).

La Asociación, después de la última disociación, entró en nueva asociación: esta vez con el discurso de Lacan a través de Leclaire, como antes con el de Freud a través de Alexander. André Green viaja y ayuda desde la vertiente psicósomática. Los afectos comienzan a deletrearse en las últimas publicaciones. Autocrítica, apertura, promesas a la psicología.

Este enganche lateral con el discurso de Lacan intenta reproducir *entre nosotros* las diferencias que existen en París: la asociación se iría con Leclaire de Lacan, en vez de llegar después (con lo que puede pensar que estuvo antes).

Green ha derramado afecto contra el “significante despótico”, Leclaire deja entrever que se atreve y que uno puede decir “representante” sin convertirse por eso en un excluido.

Mediante la servicial ayuda del vocabulario de Laplanche y Pontalis comienzan a circular términos alemanes entre paréntesis (fuera el inglés y Jones) y lecturitas de Freud guiadas por los mismos autores.

Gear y Liendo muestran que Mounin y Prieto no se dejan encandilar por Lacan, y que se puede ser moderno sin tener que *someterse* a los caprichos de semejante dandy. Algunos filósofos y epistemólogos locales prestan su ayuda, muestran las contradicciones de Lacan (su matemática es un poco antigua, ustedes que no saben nada podrían aprender una más moderna) y prometen para alguna coyuntura futura encuentros donde los *aportes* de Deleuze y Guattari (¡quién sabe lo que puede pasar!) podrían poner en su lugar la irreverencia platónica de algunos hijos de nadie que circulan por la gran aldea. Sin embargo, la indiferencia médica resiste cualquier prueba: ahí está el estilo de los nuevos para mostrarlo. El viejo padre Freud, como siempre, insoportable. Y en cuanto a Lacan, hasta los apólogos de la esquizofrenia murmuran a sus jóvenes universitarios que está loco. Todo es cuestión de límites: hay una puerta que no abriremos nunca –dice Borges.